

Tierra y Libertad

SEMANARIO ANARQUISTA

BARCELONA, 14 DE JULIO DE 1934

AÑO V - NÚMERO 163 - 15 CENTIMOS

LA REVOLUCION SOCIAL

La revolución social es la solución del pueblo a la bancarrota del capitalismo privado y a la quiebra de las formas tradicionales del estatismo. ¡O revolución social o fascismo! Se ha repetido mil veces y mientras quede aliento habrá que repetirlo. Pero la revolución social no es una concepción milagrosa; o es una fuerza o es un auto-engaño. O se expresa en movimiento, en organización, en propaganda, en preparación, o es una palabra vacía de sentido.

No vendrá por arte de magia, no se producirá por generación espontánea, ni surgirá al conjuro de fórmulas místicas. O se convierte en un hecho arrollador por virtud de la voluntad bien dirigida, de los músculos en tensión, de la inteligencia alerta de los trabajadores o será un fantasma que se desvanecerá a los primeros choques reales del fascismo.

Hay algo de misticismo en la invocación a la revolución social en boca de muchos revolucionarios. Se confían a ella todas las soluciones, todos los enigmas; es como una panacea para todos los males. Sin embargo, esa adhesión platónica, esa invocación mística, no pueden bastarnos; con ellas no triunfaremos, porque no son una fuerza como la que exige esta época.

En esta época hay que salir del santuario, de la torre de marfil y disputar al adversario del progreso humano el terreno a puñalazos o a palos. Las buenas razones no pesan en la balanza de la historia de nuestros días. El que tiene la fuerza triunfa, el que no la tiene o perdiéndola no sabe emplearla a fondo, fracasa.

Es algo monstruoso, pero es así. Y nadie más que nosotros lo deplora sinceramente.

De ahí la necesidad, para los revolucionarios, de abandonar la creencia mística en una revolución social que vendrá, en una palinodia universal que ha de producirse. O se organiza, coordinan sus energías, disponen estratégicamente sus fuerzas, se preparan técnicamente, se convierten, en una palabra, en una fuerza más fuerte y más audaz y más inteligente que la fuerza del enemigo, o no tienen nada que hacer más que batirse en retirada y ceder terreno hasta sucumbir totalmente.

Quisiéramos que voces autorizadas, universales, por encima de la contienda, abogasen por el retorno a un mínimo de humanidad, de generosidad, de cultura en la lucha a muerte que se entabla entre el mundo del porvenir, de la libertad y del progreso, y el del pasado, de la autoridad absoluta, del estancamiento y de la supresión de toda personalidad. Y a esa voz podría unirse la nuestra; pero ¡por favor!, no confiemos a ella sola el triunfo de nuestra buena causa. Después de todo lo que hemos visto en los últimos quince o veinte años, después de lo que acabamos de ver en Alemania y con más o menos intensidad en todas partes, sería pueril soñar con una revolución que ha de triunfar sólo porque la razón le asiste, porque la justicia está de su parte, porque todos los argumentos morales, científicos y humanos están ahí para apoyarla.

Convenzámonos que lo que no logremos por el camino de la buena y pronta organización, de la coordinación cada vez más grande de fuerzas activas, por el empleo adecuado de esas fuerzas, no lo obtendremos de otro modo. Y el porvenir que nos espera, no para dentro de decenas de años, sino para dentro de muy poco tiempo, es el de vencidos, con todas las amarguras y todas las tragedias del que ha perdido el juego supremo.

Se nos pasan los días, las semanas, los meses. El fracaso del 8 de diciembre ha sido tal vez más grande de lo que quisiéramos confesarnos. Pero han pasado ya varios meses, buena parte de las heridas han cicatrizado y no hay motivo ya para que continuemos en un abatimiento y en una inactividad suicida. Hace falta organización, más organización; hace falta propaganda, más propaganda; hace falta preparación, más preparación.

La historia no se adormece en su carrera febril; si nos adormecemos nosotros pronto quedaremos atrás, fuera de la órbita donde se lidia por el destino del mundo.

La revolución social no vendrá en virtud de conjuros y exorcismos de taumaturgo; vendrá si somos capaces de imponerla a través de una formidable batalla en regla contra un conglomerado ingente de adversarios.

¡Revolución social, sí, pero no mística revolucionaria!

Cinco penas de muerte en el proceso por los hechos de Hermigua

Balace trágico de un proceso en la República de trabajadores

Hay actualmente en España alrededor de un centenar de condenas de muerte pedidas, casi todas por hechos de carácter social. Nunca ha tenido la monarquía cifras tan elocuentes. Vivimos en plena República de los trabajadores, y todo esto, hemos de reconocer sinceramente, aunque no con un exceso de agradecimiento, lo debemos al gobierno socialdemócrata de los Largo Caballero y de los Azaña. Comenzaron ellos a marcar pautas de reacción, a establecer leyes inquisitoriales, a ordenar aquello de: tiros a la barriga, y: ni heridos ni prisioneros. Sus sucesores no hacen más que seguir las huellas fielmente.

Por los hechos de Hermigua se pedían 21 condenas de muerte. Toda una plana mayor de defensores se presentó en Santa Cruz de Tenerife, entre ellos el profesor Jiménez de Asua, socialista, uno de los cómplices de las leyes republicanas. Pero de nada valieron las defensas, de nada sirvió todo el empeño en desmentar las acusaciones fiscales. Cinco procesados, Vicente Valladolid Mesa, Manuel Avelino Pardo, Avelino Navarro Méndez, Fran-

cisco Martín Negrín y Leoncio Facundo Hernández, han sido condenados a muerte.

A veinte años de prisión fué condenado Loringo Medina Santos; a doce años Juan Martín Hernández, Serafín Casanova, Avelino Hernández Barrera y José León Piñero; a seis años a Fernando Ascanio Armas; a tres años a Antonio Gutiérrez González, María Hernández Hernández y Catalina Hernández Negrín; a dos años a Manuel Peraza Hernández.

Se absuelve a los 57 inculcados restantes. No hace falta que nosotros hagamos comentarios. Pero los trabajadores no deben consentir, con los brazos cruzados, que la reacción aumente el tono en la forma que lo está haciendo y se cebe en sangre proletaria con una voracidad creciente. Los obreros y campesinos de Hermigua condenados a muerte no deben ser ejecutados. Los trabajadores tienen en su poder el veto contra esos excesos morbosos. Y por solidaridad humana y revolucionaria, no pueden eludir el cumplimiento de su deber.

Cuestiones de organización anárquica y sindical

Desde el pasado movimiento libertario del 8 de diciembre del 33 hasta hoy, han pasado muchos días y horas muy acucias para el proletariado revolucionario de Vitoria. Hasta aquella memorable fecha, la inmensa mayoría de los trabajadores enrolados en la Confederación Nacional del Trabajo, sentían ansias de emancipación anárquica. Casi toda la pléyade juvenil se enorgullecía de ser adalides y aguerridos soldados del movimiento revolucionario de la Federación Anarquista Ibérica, siendo así, por tanto, que en todos los pechos de los jóvenes y viejos libertarios, no se respiraba otro ambiente y otro deseo que no fuera el esperado día de implantar en el suelo hispano el Comunismo Libertario.

Así estuvimos viviendo febrilmente hasta que llegó aquel histórico día de diciembre... ¿Qué sucedió después? ¡Nada!... Que de tanto esperar, vehementemente, la inmensa mayoría de los jóvenes, se han ido enfriando, y de ese enfriamiento se ha apoderado en ellos el cansancio y el hastío revolucionario, llegando al extremado paroxismo de convertirse — por equivocación tática más que por otra cosa — en adalides antifascistas y defensores políticos del sindicalismo bernardista, reconocido en España por «treintismo».

¿Pero qué causas hanse engendrado para ese cambio tan brusco en los jóvenes vitorianos? Nosotros no las podemos hallar en parte alguna: por mucho que nos esforcemos en dar con el hilo de este maremágnum, nos es de todo punto casi imposible el dar con él. Pero no obsta para que, después de devanamos el cerebro por

hallarlo y tras de mucho reflexionar, podamos afirmar, sin que se nos pueda rebatir con razones ideológicas, que ello es debido al desconocimiento que tienen de las ideas ácratas, y, como lógica consecuencia, viene, como anillo al dedo, el incumplimiento de los compromisos y la falta de responsabilidad individual, la cual ha hecho cuerpo colectivo. Esta es la causa, para nosotros, primordial y única de la desarmonía y desorganización existente dentro de la gran familia confederal.

Diremos más si se quiere. No se pueden convencer los compañeros cuando quieren ignorar que, para militar en organizaciones — tanto en la F. A. I. y la C. N. T., como en cualquiera de las demás agrupaciones sindicales o políticas — la base principal es que cada individuo, de por sí y para sí, tiene que adquirir el concepto de responsabilidad propia ante los demás compañeros de organización: más claro: Autodisciplina.

Iremos más lejos con nuestras argumentaciones. Llegaremos hasta el extremo de reafirmar que, entre vosotros, compañeros jóvenes, habéis encumbrado jefecillos, a los cuales después los habéis tenido que retirar por perniciosos; pues con su desviamiento hacían un grave daño a la organización y a las ideas libertarias. Todo esto es debido a que siempre huisteis de la palabra «disciplina». Habéis creído (y seguramente continuáis en esa aberración) que la disciplina es innata a la recia militarista.

Es, pues, necesario que emprendáis el camino del que erróneamente os desviasteis, y, si preciso fuera, deberíamos todos (los de las Juventudes y la F. A. I.) de perder cada uno un poco de nuestro derecho y olvidar el pasado, sin pensar de él más que en las cosas buenas y las enseñanzas que pudiéramos haber recogido.

Si esto no pudiéramos conseguir, es entonces cuando será llegado el momento álgido de deslindar los campos y que se queden a un lado los que se sacrifican y luchan por la Revolución y el Comunismo Anárquico, y a otro quienes relegan éste a segundo término.

No pretendemos sentar plaza de puritanos; luego, si el contenido de las presentes cuartillas sirve para polemizar y con la polémica se quisiera rebatir como escrito queda, por mi parte seguiré demostrando y defendiendo mis puntos de vista, que no son otros sino todo cuanto afirmo en estas crónicas. De no ser así, tampoco volveré a plantear este escabroso tema.

LIBERTO

Alfonso Nieves Núñez expulsado de España

El camarada Nieves Núñez, bien conocido por su colaboración en este semanario y por sus propagandas, después de meses y meses en la Cárcel de Barcelona, amnistiado de los numerosos procesos por delitos de Prensa, ha sido expulsado de España, donde se ha criado.

NECESIDAD DE UN PROGRAMA

A. Gilbert, se lamentaba en un editorial reciente de TIERRA Y LIBERTAD, de que no hubiera prosperado el acuerdo del último Pleno Nacional de la F. A. I. para la redacción de una ponencia que concretara el programa de esta Organización, para la implantación del Comunismo Libertario. No se ocultan a nadie los motivos que han hecho y acaso sigan haciendo imposible el llevar a cabo ese trabajo de puntualización y de armonización de las distintas concepciones, siendo para mí el principal escollo el pecuniarismo para remitir en un punto a los cuatro ponentes nombrados por aquel pleno, dando por supuesto que los compañeros designados, hayan aceptado el encargo.

Contestando al artículo de Gilbert, Acracia, de Lérida, ha reproducido en sus páginas un artículo magistral de Ricardo Mella, rechazando los programas, al que, desde un punto de vista doctrinal, nada se puede objetar. Un programa, es concreción, y por lo tanto limitación. Pero todo lo que aspire a realizarse, tiene que empezar por concretarse, y por consiguiente por limitarse. El Comunismo Libertario, no es la Anarquía, aunque se nutra de ella. Es una forma concreta de realizar la Anarquía, y como forma concreta, imperfecta, con defectos, modificable, y superable.

La Anarquía, exige para su plena realización de individuos convencidos, adocinados, conscientes de su papel social. Y éstos, en toda sociedad, no pueden ser otra cosa que ejemplares de selección, minoritarios, por la razón sencilla de que ninguna idea, puede esperar a triunfar a la época remotísima en que sea aceptada y profesada por la generalidad. Es una minoría, dentro de la sociedad, la que aspira a un régimen comunista libertario. Para que su pretensión vaya ganando las simpatías de un número suficiente para implantarlo, venciendo las resistencias conservadoras del Estado, y la oposición de quienes piensan de distinto modo, esa minoría, tiene que hacerlo asimilable a un sector de opinión, convirtiéndolo en aspiración sentimental más fácil de generalizarse que la convicción. La bondad de la idea, y la tangibilidad de sus beneficios, deben ser sus mejores propagandistas, tanto antes como después de su experimentación.

El mito de la autoridad, ha sido tan cultivado y difundido, que cualquier mente no cultivada, cualquier inteligencia sin desbrozar, fia siempre en un buen gobernante, o en un buen administrador, la solución de todos los problemas sociales. Esta creencia en la autoridad, y en el avasallamiento de unos hombres por otros más capacitados, tenemos que sustituirla, en el mayor número posible, por la confianza en sí mismos, en la libre cooperación y en el libre acuerdo de las colectividades interesadas. Pero cualquiera que sienta simpatía o curiosidad por estas ideas, hace siempre la misma pregunta:

¿Cómo? Nos encontramos ante problemas enrevesados, ante la maraña de la vida social actual, ante la complicación inusitada de la vida moderna, y no vale encerrarse en argumentación filosófica, ni en disquisiciones de cátedra, que las gentes sencillas a las que nos dirigimos no entienden. Hacen falta ejemplos, esquemas, concreciones, pautas, normas, es decir, programa.

Es lo mismo que si antes de la aviación, un hombre, hubiera hablado a los demás de las ventajas y excelencias de volar. Hubiera cosechado burlas, risas compasivas, pero no hubieran faltado curiosos, y hasta convencidos, que la hubieran dicho:

— Si. Está bien. Volar debe ser una aspiración del hombre. Pero, ¿cómo? Y el primer inventor, el que propone un medio de realizar lo que hasta entonces sólo era un sueño, no puede pretender nunca haber realizado una obra perfecta, ni exenta de reparos. Al contrario. Pero ese hombre que hace posible la realización del mito, tiene más valor humano, que todos los doctrinarios que propagaban el afán de volar.

Hay un ejemplo todavía más sencillo. Todos nos enamoramos de la belleza femenina. Pero para poderla disfrutar, necesitamos elegir una mujer, la que por bien dotada que sea, nunca es más que un renecado de la que podemos imaginar.

Del mismo modo, todos aspiramos a la libertad, pero no nos satisface el amor platónico a la concepción abstracta, sino que para disfrutarla, buscamos un modo de convivencia social, que nos consienta un máximo de libertad tangible y real. Dentro de la complicación actual de las sociedades, consideramos el Comunismo Libertario, como el régimen que nos brinda un margen mayor de libertad, y para ganar prosélitos, como para hacerlo viable, nos vemos obligado a perfilar un proyecto de realización, que nunca será el único ni el mejor, pero que será una forma práctica de vivir la libertad que anhelamos.

Perfilar un programa, es una exigencia de la propaganda y de las actuales posibilidades de realizar la idea. Pero no supone renuncia a perfeccionarlo, a criticarlo, ni a superarlo. En el Comunismo Libertario, el anarquista será el primer disconforme, el primer inadaptado, en oposición contra las tendencias fatalmente conservadoras de las masas. Es decidirse a dar un paso, no para quedarse quieto, sino para seguir avanzando. Es decidirse a dar una respuesta al ¿cómo?, sin pretensiones de que sea la única ni la mejor.

Si en los partidos políticos, el programa es una meta, en nosotros no puede ser más que un punto de partida, una concreción hecha a las circunstancias, y un modo positivo de empezar a vivir la libertad.

I. PUENTE



ESPAÑA, REPUBLICA DE TRABAJADORES

¿Que la situación ha cambiado? Afeitad la barba o los bigotes de los políticos, vestidlos un poco más a la moderna, agrupad en torno a la pobre vaca un enjambre mayor y más abigarrado de personajes y tendréis actualizada la vieja caricatura de El Motín de 1880. El Estado de la República de trabajadores sigue alimentando y engordando a los que no trabajan, como en 1880, como antes, como siempre.

Compañero: lee y propaga TIERRA Y LIBERTAD